

LAMINA TERCERA.

Como los tlaxcaltecas pintaron este lienzo para conmemorar las campañas que hicieron como aliados de los castellanos, suprimieron las batallas que contra Cortés tuvieron; pero para que se comprenda bien como fué la conquista, relataremos todos los sucesos principales en su ocasión, aun cuando en esta pintura estén suprimidos.

Cortés siguió su camino; y algunos cempualtecas que se habían adelantado en busca de víveres, fueron mal recibidos por Tochpaxochihuilli señor de Tecocac, quien al punto aperció á sus guerreros para combatir á los invasores. Era Tecocac región otomí perteneciente á Tlaxcalla, de gente fiera y belicosa y ejercitada en las cosas de la guerra.

Habría hecho el ejército de Cortés cuatro leguas, cuando la descubierta se encontró con unos quince otomíes: trabóse la lucha; mataron de un tajo de macana un caballo, cortándole á cercén el cuello; desjarretaron á otro, que murió también; é hirieron á otros tres y á dos caballeros. De los otomíes quedaron cinco en el campo.

Un caballero corrió á rienda suelta á avisar que avanzase el grueso. En ese momento salieron de una emboscada tres mil guerreros, y Cortés les hizo rostro con ocho caballeros, mientras llegaron la artillería y la infantería; con lo cual dió cuenta de los contrarios, haciéndoles diez y siete muertos y gran número de heridos.

Los pintores del lienzo no representaron esta batalla: los tlaxcaltecas por aparecer siempre amigos de los castellanos, adulteraron la historia, y en lugar del combate nos presentan un recibimiento amistoso.

La pintura tercera tiene en su parte superior y en letras góticas el nombre Tecocaccinco, y una culebra de piedra, signo jeroglífico del lugar. Se representa un edificio levantado sobre un terraplén, y éste parece ser de sillería según el dibujo, y de forma piramidal truncada. Esto recuerda lo que Pomar refiere en su Relación de Texcoco, en donde dice que los palacios y casas de los principales, se contruían siempre sobre *terra-plenos*. La portada del edificio es de piedra labrada con ornamentación muy característica, y pintada de rojo, pues era común el uso de la *policromía* en los templos y palacios de los indios. Corona el edificio un copete circular de cuatro cuerpos, á manera de las pirámides truncadas de los templos. En el centro está Cortés vestido á la castellana y sentado en silla española de la época; á su lado se ve á Marina de pie, y detrás están dos soldados también de pie y con lanzas. Un jefe con manto amarillo ata á Cortés en el brazo derecho un brazalete de piedras; otro indio le presenta un tercio de mantas finas y labradas, en señal de tributo; otro un collar; y todavía se ve una cuarta figura detrás. El tocado de los indios nos da á conocer que eran de nación otomí.

Cualquiera al ver esta pintura, creería que los indios de Tecocac se habían apresurado á reconocer por señor á Cortés, y á rendirle vasallaje; pero ya hemos dicho que los tlaxcaltecas de intento no consignaron en su lienzo las batallas que con los castellanos tuvieron.

La verdad histórica es la siguiente. Con motivo de la embajada de Cortés, se habían formado dos partidos en Tlaxcalla; uno por la alianza con los españoles, pues creía que con ella la señoría se sobrepondría á México; y otro decidido por la guerra, formado de hombres cautos como Xicotencatl el viejo, que temían los peligros de recibir al extranjero, y de guerreros indómitos como Xicotencatl el joven. En estas vacilaciones no se despachaba la embajada, y tuvo lugar el combate de Tecocac.

La noticia de que los castellanos habían atacado á fuerzas de Tlaxcalla, produjo el triunfo por el momento del partido de la guerra: dispúsose que el ejército tlaxcalteca saliese á cerrar el paso á Cortés, y á su frente marchó el valeroso joven Xicotencatl.

La batalla de Tecocac había tenido lugar el 31 de Agosto; Cortés pernoctó sobre las armas, curando á sus heridos con el unto de un indio gordo que había muerto en la refriega; el día siguiente 1º de Septiembre, reorganizó su ejército; y como en la noche llegaran dos de los embajadores cempualtecas que se habían escapado, le dijieran que los habían preso para sacrificarlos, y le dieron cuenta de que marchaba sobre él el ejército tlaxcalteca, el 2 avanzó de madrugada en buen orden de combate. Un perro del ejército descubrió la presencia del enemigo, y Lares, que iba avanzado en su magnífico caballo, comenzó el ataque. Los indios retrocedieron; pero poco más adelante se presentaron en dos escuadrones, con trajes vistosos llenos de plumería, con sus penachos y bizarros estandantes, sonando estrepitosos carocoles y bocinas, y alzando espantosa gritaría.

Pomar nos da cuenta de cómo hacían los indios la guerra. Cuando caminaba el ejército á pelear, iban delante los más valientes y escogidos soldados, y en su seguimiento el resto de la gente bisoña y nueva en el arte; pero si el camino era largo y era menester llevar bagaje, iban los soldados viejos á vanguardia y retaguardia, y en medio, en lo que se dice batalla, los bisoños y la gente de servicio. Además siempre echaban delante corredores de hombres ligeros y valientes para descubrir el campo, y ver si los enemigos les ponían celadas y emboscadas; sin las espías que de ordinario iban y venían. En la noche procuraban alojarse en lugares seguros, y ponían velas y guardias que tenían mucho cuidado y vigilancia; aunque con todo esto los jefes no se descuidaban un punto.

La manera de batallar era, que el ejército se iba acercando hasta llegar á tiro de flecha ó de honda, y hasta gastar las municiones se venían juntando y allegando los unos y los otros, y peleaban con macana y rodela ó lanza.¹ Los valientes y esforzados se señalaban en pelear y oponerse contra donde el enemigo estaba pujante ó aventajado, corriendo á un cabo y á otro, y acudiendo al mayor peligro; y si alguno de los contrarios se señalaba en hecho y valor de armas, discurrían por el campo hasta hallarlo y pelear con él, conforme á la comodidad del tiempo y lugar. Los compañeros de éste se le unían; y así se formaban aparte de la batalla, peleas de los más valientes, los de un campo con-

¹ No es oportuno hablar aquí de las armas y organización militar de nuestros antiguos pueblos; pero puede verse esta materia en mi "Historia antigua de México," en donde la trato extensamente.

tra los de otro, y allí era mayor la mortandad. La pelea duraba hasta que los jefes hacían señal de retirarse; y cuando no estaban desbaratados, lo hacían sin volver las espaldas. Eran además muy dados á sorpresas y emboscadas.

Cortés, al ver el ejército tlaxcalteca, no arremetió desde luego sobre él; sino que antes mandó al escribano Diego Godoy les hiciese el requerimiento de ley, que naturalmente no entendieron. En seguida dió sobre ellos.

No conocía aún el capitán español la táctica extraña de los indios; y así á poco, atraído entre las hondonadas por tlaxcaltecas y otomíes que se retraían, se vió rodeado por todo el ejército contrario, en medio del cual se distinguía la divisa blanca y roja de la capitania del bravo mozo Xicotencatl. El remedio de Cortés estuvo en formar un grupo compacto, del cual alejaba al enemigo el alcance de los arcabuces y de la artillería. La caballería, no pudiendo maniobrar, se replegó también formando una muralla de hierro; y aun así, un grupo de otomíes logró apoderarse de la lanza de Pedro de Morón, herirlo y matarle la yegua. En esta formación y batiéndose sin cesar, fué avanzando el cuerpo español hasta ganar la llanura. La batalla duró hasta la puesta del sol, y los castellanos se refugiaron en una altura coronada por un *teocalli*, llamada Tzompantzinco.

Bernal Diaz dice que en esta batalla tuvieron los castellanos un muerto y quince heridos, sin contar á los cempualtecas. Cortés la celebró como victoria; y por victoria la celebraron también los tlaxcaltecas, quienes en señal de triunfo pusieron á su dios Camaxtli el chapeo velludo enviado por Cortés.

Al día siguiente dejó Cortés en el cerro á Pedro de Alvarado, y con el grueso de las tropas cayó sobre algunos pueblecillos para proporcionarse víveres; y á más mandó á dos prisioneros principales con una carta á Tlaxcalla, en la cual aseguraba que no quería hacer mal á la señoría, sino solamente pasar para México. A pesar de esto siguieronse varios ataques; y entre ellos uno por la noche, que sentido á tiempo por los castellanos, se convirtió en derrota para los tlaxcaltecas.

En el real era tanto el apuro, que ya muchos murmuraban y aconsejaban á Cortés que volviese á la costa. Los indios tenían cercados á los castellanos en el cerrillo en que se habían refugiado, y los estuvieron atacando sin cesar durante diez ó doce días. Pero Cortés, en una altura y con su artillería, tenía la superioridad, y hacía inexpugnable el lugar para las armas de los indios. Salidas repentinas ó nocturnas, apoyadas por la caballería, le proporcionaban víveres, y ponían miedo en el enemigo. Desde su real, barría la llanura; y así todos los asaltos de Xicotencatl debían fracasar; y además el ataque nocturno había sido rechazado. La lucha era constante; Cortés estaba enfermo de calenturas; pero los tlaxcaltecas no estaban acostumbrados á esa resistencia; sus guerras con los pueblos comarcanos concluían pronto. La prolongación de la lucha habría sido su triunfo; pero desesperaban al ver que no podían destruir á un puñado de hombres. Estaban además solos: los torpes mexicas los abandonaban y mandaban embajadas á Cortés; y los huexotzincas se habían retraído de pelear. Además, Cortés enviaba constantemente embajadores á Tlaxcalla con protestas de amistad. Fué resultado natural que el partido de la paz se sobrepusiese.

LAMINA CUARTA.

Resuelta la paz en Tlaxcalla, enviáronse órdenes á Xicotencatl para que suspendiese la guerra. Presentóse en el campo español para ajustar las paces, cubierto con la manta roja y blanca que en las pinturas anteriores hemos visto, y que era insignia de mando. Sentólo Cortés á su lado, y después de darse por agraviado porque de guerra lo habían recibido, aceptó la paz.

La noticia causó gran contento en Tlaxcalla; levantáronse enramadas, hízose suntuosa danza de todos los guerreros, y fiestas á los dioses con sacrificios de esclavos.

Cortés había ocultado sus muertos y heridos para que los contrarios tuviesen por inmortales á los castellanos; y para darse tiempo de curar á los heridos y no mostrar precipitación, permaneció algunos días en su campamento. Vinieron á él los cuatro señores para invitarlo á que pasase á Tlaxcalla; y contestó astuto, que no lo había hecho por no tener indios que llevasen su artillería. Todo se le proporcionó; y siempre en orden de guerra, emprendió la marcha, pasando por Atlahuetzyan y Tizutla.

La pintura cuarta representa su entrada en Atlahuetzyan: este nombre está en caracteres góticos en la parte superior, y en la inferior á la izquierda, el jeroglífico que es un chorro de agua cayendo de unas peñas. Cortés á caballo acompañado de otros caballeros, se dirige al lugar; se expresa su marcha con la huella de las herraduras de su caballo; á su lado se ve á Marina de pie, que le señala al cacique tlaxcalteca del lugar y á otro otomí, que salen á recibirlo y le presentan ramos de flores: en la parte inferior están dos cestos con tortillas, y tres pavos, guajolotes, que expresan los obsequios de víveres que ofrecieron á los castellanos.

LAMINA QUINTA.

Llegó Cortés á Tlaxcalla, y cuando entró en la ciudad, calles y azotecas estaban henchidas de pueblo; y los señores acompañados de los principales, con sus mantas de nequen del color de su parcialidad, y de los sacerdotes con sus lúgubres vestiduras y bra-serillos con *copalli*, se adelantaron á recibir al capitán español. Este se apeó del caballo y recibió los presentes de los señores. Alojóse en el palacio de Xicotencatl; los soldados castellanos en un lugar próximo, y los aliados en las cuadras del templo principal: los embajadores mexicanos se aposentaron con Cortés.

El primer acto de Cortés en Tlaxcalla, que en la pintura aparece, es la colocación de una gran cruz en el sitio donde lo recibieron los señores.

Esta pintura tiene una doble significación. La primera es la recepción de Cortés por los señores de Tlaxcalla. A esta se refiere la leyenda mexicana, escrita en caracteres góticos, que está en la parte superior, la cual dice: ICMONAVATECQUE-TLAXCALLĀ; que significa *Ya se abrazaron en Tlaxcalla*. En efecto, se ve á Cortés de pie y sin sombrero, á quien va á abrazar uno de los señores; pero el primero toma con su mano izquierda la derecha del segundo, que quedaba cerca de la empuñadura de su espada; costumbre que por precaución tenía Cortés siempre que lo abrazaban.

Pero aquí se ve nada más á tres señores que lo reciben, y sabemos que eran cuatro los de Tlaxcalla. Esto se explica fácilmente: Xicotencatl era ciego ó poco ménos; y por datos que encontramos en Ixtlilxochitl, debía tener en aquella sazón unos noventa años ó más, pues ya en el año de 1455, aunque mancebo, era uno de los jefes guerreros de la señoría, y con él concertó Nezahualcoyotl la guerra sagrada. El primer jefe tiene una manta blanca adornada con correas rojas de cuero; los tres sus correas blancas y rojas en la cabeza, y su *tecpilottl* ó penacho de plumas; y presentan ramos de flores á Cortés.

La segunda significación de la pintura, es la erección de una cruz en el lugar del encuentro. Se ve en efecto la cruz, y detrás á Marina, y á fray Bartolomé de Olmedo con un estandarte. Comparando las líneas del rostro de éste con las de su retrato, resulta gran semejanza: lo cual hace suponer fundadamente, que los rostros de Cortés y de Marina, que se repiten iguales en estas pinturas, debieron ser parecidos á los originales.

Muñoz Camargo refiere, que los señores de Tlaxcalla resistieron la adopción del cristianismo, pero que al fin lo aceptaron: y esto se trata también de conmemorar en la presente pintura.

LAMINA SEXTA.

En la pintura sexta se ve á Cortés con Marina, aposentados ya en el palacio de Xicotencatl, representado por el signo figurativo de una gran casa; y á la izquierda del palacio á los caballeros, para expresar que los castellanos fueron alojados cerca de Cortés. Éste habla con Xicotencatl, que está sentado á su derecha. El traje de Marina es vistoso, y más elegante que el de viaje que tiene en las precedentes pinturas.

En la parte superior hay una leyenda mexicana, siempre en caracteres góticos, que dice: QUITLALQUAMACAQUE; que significa *Le dieron comida*. Y, en efecto, en la parte inferior de la pintura se ve á dos indios, que entregan á un escudero de Cortés que lo recibe, un gran obsequio de pavos, cestos de tortillas, aves en huacales, chiquihuites con tortas y otros alimentos.

A este propósito dice Muñoz Camargo, que los tlaxcaltecas dieron á los castellanos, gran suma de bastimentos de aves, gallinas y codornices, liebres, conejos, venados, y otros géneros de caza que son y eran de las carnes que usaban comer los señores de esta tierra, sin el maíz, el frijol y otras legumbres. En fin, se les dió todo lo necesario para su sustento.

Y después agrega este hecho curioso: "Luego á los principios, en el lugar y pueblo de Tecohuactzinco, entendiendo los naturales que el caballo y el que iba encima era todo una cosa, como los centauros ú otra cosa monstruosa, y así daban ración á los caballos como si fueran hombres, de gallinas y cosas de carne y pan, el cual engaño duró muy poco, porque luego entendieron que eran animales irracionales que se sustentaban de yerbas y en el campo, aunque también estuvieron mucho tiempo en opinión de ser animales fieras que se comían á las gentes, y que por esta causa decían que los hombres blancos les echaban frenos en las bocas atrailladas contra ellos. Cuando acaso algún caballo tenía ensangrentada la boca, decían que se había comido algún hombre, por manera que sospechaban que eran de tanto entendimiento que los mandaban los dioses para lo que habían de hacer, sin entender el secreto del gobierno del freno y espuelas; y así cuando relinchaba un caballo, decían que pedía de comer y que se lo diesen luego no se enojase: de esta manera procuraban tener contentos á los caballos en darles de comer y de beber muy cumplidamente."

Esto nos muestra además, cómo la conquista se iba facilitando por la ignorancia de los indios, y por su creencia en la superioridad de los castellanos. Y en punto tan importante podemos citar aún otro párrafo de Muñoz Camargo, que dice: "De estas novedades y casos no vistos, venían gentes forasteras y extrañas secretamente á saber lo que